

RESEÑA BIOGRÁFICA DE
LOUIS CLAUDE DE
SAINT-MARTIN



Por Jean Baptiste Modeste Gence (1824)

Prefacio

Las obras del *Filósofo Desconocido* pudieron ignorarse o despreciarse por la clase de los literatos vulgares, o incluso por el pueblo de los filósofos (ya que hay también entre estos últimos un pueblo), en quien la inteligencia, puramente racional, no percibe nada más allá de los sentidos. Pero los meditativos, que se elevan por el espíritu a verdades de un carácter superior donde reciben en ellos el conocimiento, supieron probar y apreciar los libros de nuestro teósofo, ya sea en Francia, en Alemania, en Inglaterra, e incluso fuera de Europa.

Los que conocieron personalmente al autor, no menos sencillo y modesto que sabio y profundo, también lo reverenciaron y amaron. Me felicito haber sido de esos. Es en este respecto que me he encargado de consagrarle una reseña imparcial en la *Biografía universal*¹. Pero tuve el dolor de ver esta reseña y desfigurada la doctrina del autor tergiversada, sus motivos desvirtuados, sus sentimientos calumniados; y finalmente se osó agregar el plagio a la ofensa.

No puedo sino en apresurarme en restablecer y publicar aquí el prospecto en su integridad, para el honor del respetable personaje que es el objeto, y para el de sus honestos amigos quienes tienden a comprometer la injuria hecha a su memoria y a su religión.

J.- B.- M. Gence (1824).

¹El autor hace aquí referencia a la versión truncada de su texto que se publicará en la edición de 1824 del volumen XL de *Biografía Universal* de Michaud.

Reseña biográfica

Saint-Martin (Louis-Claude de), sabio y profundo espiritualista, llamado el *Filósofo Desconocido*, nació en Amboise, de una familia noble, el 18 de enero de 1743. Debe a una bella madre los primeros elementos de una educación suave y piadosa, que le hizo, como decía él, amar, durante toda su vida, a Dios y a los hombres. En el 1 colegio de Pont-Levoy, dónde estuvo tempranamente, el libro que más le gustó fue el de Abadie, titulado *El Arte de conocerse uno mismo*: es a la lectura de esta obra que él atribuye su desapego de las cosas de este mundo. Pero destinado por sus padres a la magistratura, se dedicó, en su curso de derecho, más bien a las bases naturales de la justicia que a las normas de la jurisprudencia, cuyo estudio le repugnaba. A las funciones de magistrado, a las cuales había creído deber dar todo su tiempo, prefirió la profesión de las armas, que, durante la paz, le dejaba momentos de ocio para ocuparse de meditaciones y el conocimiento del hombre. Entró como funcionario, a los veintidós años, al regimiento de Foix, en la guarnición de Burdeos.

A pesar de su gusto por la filosofía interna, una carrera no menos activa que la de los ejercicios militares se abrió a él. Iniciado por las fórmulas, ritos, prácticas, operaciones que se llamaban *teúrgicas*, y que dirigía Martines Pasqually (ven la *Biografía universal*), jefe de la secta llamada los Martinistas, le pedía a menudo: ¡“Maestro, como!, ¿es necesario, pues, todo eso para conocer a Dios? ” Esta vía, que era la de las manifestaciones sensibles, no le seducía a nuestro filósofo. Fue, no obstante, por allí que entró en la vía del espiritualismo. La doctrina de esta escuela, cuyos miembros tomaban el título hebreo de *cohen* (“sacerdote”), y que Martines presentaba como una enseñanza pública secreta cuya tradición había recibido, se encuentra expuesta, de una manera misteriosa, en las primeras obras de Saint-Martin, y sobre todo en su *Cuadro natural de las relaciones entre Dios, el hombre y el universo*.

Después de la muerte de Martines, la escuela fue trasladada a Lyon. Aquí Saint Martin, premunido de las armas de una doctrina opuesta a aquella de los Enciclopedistas que no amenazaba demasiado con propagarse, destinado hasta cierto punto a combatir el ateísmo filosófico y como él un día debía atacar de frente el materialismo revolucionario, publicó su libro *De los Errores y de la verdad*. Al destruir las doctrinas erróneas de una pretendida filosofía de la naturaleza y de la historia, llama al hombre a la verdad basada en el principio mismo de la ciencia y en la naturaleza del ser intelectual; pero no emplea las tradiciones de las Escrituras en apoyo de las pruebas, o enigmas, para no choquear demasiado a los lectores imbuidos de las teorías salidas desde el taller del barón de Holbach. Esta misma escuela de Pasqually, cuyas operaciones cesaron en 1778, vino a fundirse en París en la sociedad de los G. P., [Grandes Profes, grado de los Caballeros bienhechores de la ciudad santa] o en la de los Philaléthes, profesando aparentemente la doctrina de Martines y la de Swedenborg, pero buscando menos la verdad que la gran obra. Saint Martin fue invitado, en 1784, a esta última reunión; pero se negó a participar en las operaciones de sus miembros, a quienes juzgaba de

hablar y no actuar, como simples francmasones, y no como verdaderos iniciados (es decir, unidos a su Principio).

Saint-Martin seguía de buen grado las reuniones en donde se ocupaban, de buena fe, los ejercicios que anuncianan virtudes activas. Las manifestaciones de un orden intelectual, obtenidas por la vía sensible, le revelaron, en las sesiones de Martines, una ciencia de *espíritus*; las visiones de Swedenborg, de un orden sentimental, una ciencia de *almas*. En cuanto a los fenómenos del magnetismo sonambúlico que él siguió en Lyon, los observaba como de un carácter sensible inferior; pero creía en ellos. En una conferencia que tuvo con Bailly, un Comisario informante, para convencerle de la existencia de un poder magnético sin sospecha de inteligencia por parte de los enfermos, dice que citó operaciones hechas sobre caballos que se trataban entonces por este método. Bailly le respondió: ¿“Qué sabe usted si los caballos no piensan? »

Aficionado de todo lo que podía hacerle reconocer una verdad, sobre todo en las ciencias sujetas a principios exactos, el estudio de las matemáticas donde Saint-Martin se ocupó para descubrir el espíritu que podía ocultar el conocimiento de los números, causó su conexión con Lalande; pero era demasiado antipático: duró poco. Aunque no creyera en su ateísmo, veía, sin embargo, lugar para insertarse cada vez más en este sistema. Nuestro filósofo se consideraba tener más relación con el J.- J. Rousseau, que había estudiado. Pensaba, como él, que los hombres eran naturalmente buenos: pero entendía, por la naturaleza, que estaban originariamente perdidos, y que podían recuperarse por su intención; ya que los juzgaba, en el mundo, más bien entrenados por el hábito vicioso que por la maldad. A este respecto, se asemejaba poco a Rousseau, al que observaba como misántropo por exceso de sensibilidad y viendo a los hombres no tal como eran, sino como quería que fueran.

Por su parte, al contrario, amó siempre a los hombres, como básicamente mejores de lo que parecían ser; y los encantos de la buena sociedad le hacían imaginar lo que podía valer una reunión más perfecta en sus relaciones íntimas con su Principio. Por eso sus ocupaciones, como sus placeres, se ajustaron siempre a esta disposición. La música instrumental, paseos campestres, conversaciones amistosas, eran el solaz de su espíritu; y los actos de beneficencia, los de su alma. Nada tenía, en tanto le quedara algo por dar; y recibía siempre más satisfacción de la que daba. En sus conversaciones, encontraba siempre algo que ganar. De igual forma en sus conexiones con los personajes más distinguidos debido a su alto rango (como el marqués de Lusignan, el mariscal de Richelieu, el duque de Orleáns, la duquesa de Borbón, el caballero de Bouflers, etc.), que con razón hallaban su espiritualismo demasiado elevado para el espíritu del siglo, que dice haberse debido a la confirmación y el desarrollo de sus ideas sobre los grandes objetos cuyo Principio buscaba, entrevistándose consigo mismo y con las personas menos prevenidas. Viajó, en esta visión, como Pitágoras, para estudiar al hombre y a la naturaleza, y para enfrentar el testimonio de los otros con el suyo. Era él quien

podía realmente aplicar más la divisa de Jean-Jacques: *Vitam impendere vero*. Todo entero a la búsqueda de la verdad, la meta constante de sus estudios y sus obras, Saint-Martin dejó por fin el servicio militar para dedicarse totalmente a su objetivo, y al ministerio, espiritual por decirlo así, al cual se sentía llamado.

Fue en Estrasburgo que, por voz de una amiga (Mme. Boecklin), tuvo conocimiento de las obras del filósofo teutónico Jacob Boehme, observado en Francia como un visionario; y estudió a una edad avanzada la lengua alemana, a fin de entender y traducir para su uso, en francés, las obras de este famoso iluminado, y aquí descubrió lo que, en los documentos de su primer maestro, no había hecho más que entrever. Siempre posteriormente lo consideró como la mayor luz humana que había aparecido. Saint-Martin visitó Inglaterra, donde se vinculó, en 1787, con el embajador Barthélémy, y conoció a William Law, editor de una versión inglesa y de un resumen de los libros de Jacob Boehme. En 1788, hizo un viaje a Roma con el príncipe Alexis Gallitzin, quien dijo al Sr. Fortià d'Urban estas notables palabras: "Sólo soy verdaderamente un hombre desde que conocí al Sr. Saint-Martin." De vuelta de sus excursiones en Italia, Alemania e Inglaterra, no pudo negarse a aceptar la cruz de San Luis, de la cual no se creía digno, la que se debía más a la nobleza de sus sentimientos que a sus servicios.

La Revolución, en sus distintas fases, encontró a Saint-Martin siempre igual, yendo derecho a su objetivo: *Justum et tenacem propositi virum*. Elevado por sus principios por sobre las consideraciones del nacimiento o la opinión, no emigró; y, hallando horror en los desórdenes y excesos, en la anarquía, en el despotismo, vive los terribles designios de la Providencia en la Revolución francesa, y creyó ver un gran instrumento temporal en el hombre que vino a más tarde a comprimirla. Fue en la época de 1793, cuando el espíritu de la familia parecía estar, como la sociedad, en disolución, que Saint-Martin proporcionó sus cuidados constantes y otorgó sus últimos deberes a un padre impedido y paralítico. Al mismo tiempo, a pesar del estado magro de su moderada fortuna, en esta circunstancia, él fue probado, contribuyendo, en calidad de ciudadano, a las necesidades públicas de su municipio. De vuelta en la capital, pero comprendido en el decreto de expulsión del 27 germinal² año II contra los nobles, se resigna y dejó París.

Mientras que la mayoría de los hombres se ocupaban de los intereses políticos que agitaban las naciones, él intercambiaba correspondencia sobre objetivos elevados y abstractos, pero importantes por su influencia sobre el destino y la naturaleza del hombre, con un barón suizo, miembro del consejo soberano de Berna (véase "Kirchberger" en la *Biografía universal*). Viviendo solitario, separado de sus conocimientos, en medio de un mar de pasiones tempestuosas, se observaba, en su aislamiento, como el *Robinson Crusoe* de la espiritualidad. Sin embargo, una supuesta conspiración de una asociación religiosa, bajo el nombre de la *Madre de Dios*, le expuso entonces ante la justicia revolucionaria y no le otorgó

² N. del T.: Séptimo mes del calendario republicano francés. 21 de marzo a 19 de abril

el refugio ante una orden de detención. Afortunadamente, el 9 Termidor³ ocurrió. Su correspondencia con el barón suizo, naturalista y filósofo religioso, que, llevado hacia las manifestaciones exteriores y sensibles, le cuestionaba sobre estas materias, habría podido hacerlo sospechar: el filósofo espiritualista, a la verdad, traía siempre a su amigo al sentido moral e interior, y lo devolvía a su *queridísimo* Boehme. Se vincularon íntimamente, sin nunca verse; y se intercambiaron recíprocamente sus retratos. Durante el descrédito total de las acusaciones, el Francés aceptó de Suiza, pero solamente en depósito, la oferta de una suma en efectivo, cuya filosofía, o más bien la fe evangélica, le había enseñado en poder prescindir. Tras considerar la firmeza de Jean-Jacques, encontraba poco decoroso en la boca de un hombre que predicaba tanto la beneficencia, de decidir el libre curso rechazando las subvenciones. Saint-Martin, por su parte, ofrecía generosamente a Suiza, donde la casa de Morat fue saqueada por la invasión francesa, varias partes de platería que tenía.

Fiel a sus deberes públicos como a los de la amistad, pagaba entonces personalmente su servicio en la guardia nacional. Nos enseña que subía los suyos, en 1794, al Templo, donde estaban detenidos los hijos de Luis XVI. Se le había incluido, tres años antes, en la lista de los candidatos para la elección de un gobernador del Delfín. En mayo de 1794, encargado de elaborar el estado de la parte otorgada a su municipio de los libros procedentes de los depósitos nacionales, lo que le interesó sobremanera, es que haya riquezas espirituales en una *Vida de la hermana Margarita del Santo-Sacramento*.

Hacia el final del mismo año, aunque su calidad de noble le prohibiera la estancia en París hasta que llegara la paz, fue designado por el distrito de Amboise como uno de los alumnos en las Escuelas normales destinadas a formar los profesores para propagar la instrucción. Después, como Sócrates, de haber consultado a su intuición, Saint-Martin aceptó esta misión, en la esperanza, decía, que podría, con ayuda de Dios, en presencia de dos mil de auditores animados de lo que llamaba el *spiritus mundi*, desplegar provechosamente su carácter de espiritualidad religiosa y combatir con éxito la filosofía material y anti-social. Requerido para volver a entrar en la capital, hubo de hacerlo, en efecto, a propósito de defender y desarrollar la causa del sentido moral, yéndose contra el profesor de la doctrina del sentido físico o el análisis del entendimiento humano. La piedra que lanzó, son sus términos, al frente del filósofo analítico, no se perdió; y resuena todavía en los debates que llegan hasta nosotros hoy en día. (*Correspondencia inédita de Santo-Martin con Kirchberger*, 19 de marzo de 1795).

Retornando pacíficamente y con honor a su departamento, formó parte en 1795 de las primeras asambleas electorales, pero no fue miembro de ningún cuerpo legislativo. La paz entre Francia y Suiza le volvió más activo en su relación con Berna, que le sirvió de intermediario para otra correspondencia de predilección a Estrasburgo, suspendida por las circunstancias. Era también, más que nunca, entre los dos amigos, un intercambio de explicaciones para uno sobre el texto de Jacob Boehme, y para el otro de explicaciones sobre la doctrina de Saint-Martin. Los escritos de nuestro filósofo tenían necesidad, incluso en esos en dónde parece más claro, y dónde las características de luz que hace brotar dejan a veces desear que se ponga más al descubierto.

³ N. del T.: Undécimo mes del calendario republicano francés. Del 20 de julio al 18 de agosto.

En el medio de una revolución con respecto a la cual decía, en su lengua espiritualista, que Francia había sido visitada la primera y muy severamente porque había sido la más culpable, él se atrevió a emitir principios bien diferentes de los que entonces se profesaban, aunque diera el ejemplo de la sumisión al orden establecido. En su *Relámpago*, entre otras, *sobre la asociación humana*, muestra la base luminosa del orden social en el régimen teocrático como la única verdad legítima. Pero no tenía de ninguna manera propósito de fundar una secta. Sus escritos anónimos eran todavía los del *Filósofo Desconocido*: los distribuía a algunos amigos, y les recomendaba el secreto. Sus motivos, en remontarse a Dios como principio de la autoridad, eran simplemente atraer a los hombres, desde el cayado hasta el cetro, a esta unidad de principio cuyo pastor y príncipe debían encontrar la ley en ellos mismos, sin tener que recurrir a ningún libro, ni incluso al suyo.

La vía interior y de recogimiento por la cual el hombre pretende operar en él el conocimiento del principio de las realidades, vía muy superior a la intuición puramente racional de Kant, es la idea que termina por dominar en los escritos del autor, incluso en él de la forma menos grave, bajo la cual ocultó su filosofía, puesto que el tema podía prestarse a la sátira. Un tono de alegría, que se le escapa y que se reprocha, estaba más bien en su humor que en su faceta de espíritu meditativo, y en su carácter llevado a la bondad. Había leído también las *Meditaciones* de Descartes y las obras de Rabelais. Gustaba tanto más de visitar los lugares dónde habían nacido, que su región era también la suya. Se explica así cómo su gravedad se podía derivar a la composición de *El Ministerio de Hombre-Espíritu*, obra de lo más seria como de lo más elevada, y *El Cocodrilo*, poema grotesco de lo más raro, incluso después de Rabelais: es una ficción alegórica, que pone al bien y el mal, y que cubre, bajo una envoltura de magia, instrucciones y una crítica en donde la verdad demasiado desnuda habría podido herir cuerpos científicos y literarios. Al medio de esta novela enigmática e indeterminada, se encuentran ochenta páginas de una metafísica luminosa y profunda relativa a la cuestión de la *influencia de las señales sobre la formación de las ideas*, propuesta por el Instituto. El debate de esta cuestión trae resultados singulares, por los conceptos extraídos en parte del orden espiritual a los cuales afecta, como el *deseo*, previo o superior a la idea, etc.; conceptos que apoyan a más potentes motivos.

En esta época, las visiones y sentimientos elevados que le hacían admirar a su buen filósofo alemán, se extendían hasta en las cuestiones del orden natural que trataba. Según sus reseñas que se han convertido en las más fecundas, llevadas a descubrir, bajo la naturaleza temporal y visible, un mundo interior e invisible que se debía manifestar, según ellas, por la cultura en el hombre intelectual y moral, que no podía seguir siendo extraño a ninguna ciencia. Él seguía el progreso de los descubrimientos en cada género de conocimientos, y comparaba los datos con aquéllos que había adquirido con Jacob Boehme y en sus propias reflexiones. Excavando así en un mundo desconocido es que compuso y produjo *El Espíritu de las cosas*, dónde se esfuerza en levantar una esquina del velo, y de lanzar algunos atisbos sobre una naturaleza que le parecía sólo haberse revelado, por una clase de inspiración, a las miradas de Boehme. Se concibe, en esta hipótesis, que las ciencias, cuyo círculo había recorrido, entonces menos avanzadas que hoy, si le había excluido del conocimiento del hombre interior que se le había revelado por medio de la meditación, debió permanecer atrás en varias de sus explicaciones que no concuerdan siempre con los nuevos descubrimientos, independientemente de que éstos se alejan necesariamente de las opiniones recibidas.

A pesar del alcance de sus conocimientos y la originalidad de sus ideas que hacía retrotraer todo a su espiritualismo, se admiraba en Saint-Martin un sentido recto y una modestia simple y agradable. Su carácter flexible y su espíritu comunicativo le hubieran seguramente hecho ganar muchos partidarios; pero no pretendía hacer prosélitos: sólo quería amigos que fueran discípulos, no simplemente de sus libros, sino de ellos mismos. Tenía un Diario de sus conexiones; y, así como las traducciones de su querido filósofo eran provistas por sus viejas jornadas, observaba a sus nuevos amigos como adquisiciones, y se juzgaba muy rico en *ingresos de almas*. Al ver su aire humilde y su exterior simple, no se sospechaba ni de la ciencia profunda, ni las luces extraordinarias, ni las altas virtudes que en él se ocultaban. Pero el candor, la paz de sus conversaciones, y, me atrevo a decir, la atmósfera de beneficencia que parecía extenderse en torno él, manifestaban al hombre sabio y al nuevo hombre quien había formado la filosofía y la religión.

Los amigos de la moral gustan en acordarse de una conversación que tuvo el Sr. de Gérando con nuestro filósofo sobre los espectáculos (*Archivos literarios*, nº III, 1804). Saint-Martin les había amado mucho. A menudo, durante los quince últimos años de su vida, se había puesto en marcha para gozar de la emoción que le prometía la vista de una acción virtuosa puesta en escena por Corneille o Racine. Pero en camino, le venía el pensamiento que no era en la sombra de la virtud donde lograría comprar el goce; y que con el mismo dinero podía realizar la imagen. Nunca había podido, decía, resistir a esta idea: ingresaba en un infeliz, y dejaba el valor de su ser íntimo, y volvía a entrar en él mismo, satisfecho y dándose por bien pagado de este sacrificio.

Se puede juzgar que las esperanzas de un hombre que tenía un hambre tan viva de las realidades, no podían sino crecer con la edad. Por eso decía que entrado en su sesentena, en 1803, avanzaba, gracias a Dios, hacia los grandes disfrutes que se le anunciaban desde hace tiempo. Se felicitaba haber conocido, aunque tarde, al autor de *Genio del cristianismo*; lo que confortaba a su religión de la reciente pérdida de La Harpe. Había tenido advertencias de un enemigo físico, el mismo que había retirado a su padre, pero distaba mucho de afligirse; y la Providencia, decía, se había ocupado siempre muy bien para que tuviera otra cosa que gracias por devolverle. La vista de Aunay, cerca de Sceaux donde tenía un amigo, siempre le había ofrecido bellezas naturales que elevaban su espíritu hacia su modelo, y le hacían suspirar, como los ancianos de Israel, que, al ver el nuevo Templo, lamentaban los encantos del antiguo. Una idea similar le había seguido en todo el curso de sus años; y su deseo fue conservarlo hasta el final.

Parecía presentir su fin. Una entretención que había deseado tener como profundo matemático sobre la ciencia de los números, cuyo sentido oculto lo ocupaba siempre, tuvo lugar en efecto con el Sr. de Rossell, por la mediación del autor de esta reseña. Dice, terminando: "Siento que me voy: la Providencia puede llamarre; estoy listo. Las semillas que intenté sembrar fructificarán; parto mañana para la campiña de uno de mis amigos: doy gracias al Cielo de concederme el último favor que pedía." Dice entonces adiós al Sr. de Rossell, y se apretaron la mano.

Al día siguiente, en efecto, se volvió a la casa de campo del Sr. el conde Lenoir-Laroche, en el mismo Aunay que tanto había amado. Tras una ligera comida, retirándose en su habitación, tuvo un ataque de apoplejía. Aunque su lengua se desconcertaba, pudo sin embargo hacerse oír por sus amigos, acudieron y se reunieron ante él. Sintiendo que toda ayuda humana se volvía inútil, exhortó todos los que le rodeaban a poner su confianza en la Providencia, y a vivir entre ellos en hermandad, en los sentimientos evangélicos. A continuación rogó a Dios en silencio; y expiró sin agonía y sin dolor, el 14 de octubre de 1803.

Aunque Saint-Martin estaba aún entonces bastante difundido, este filósofo era generalmente poco conocido en el mundo, tanto que los periódicos publicados anunciaron su deceso confundiéndole con Martines Pasqually, su maestro, muerto en Santo Domingo en 1779. Si bien el discípulo sobrepasó al jefe de una doctrina religiosa, sus sentimientos, como él lo dijo, estaban bien lejos de ser dictados por vistas particulares o exclusivas. Todos sus discursos y sus escritos tenían por objeto al contrario de poner de manifiesto que la vía de la verdad podía abrirse a todos los hombres verdaderamente cristianos, por la meditación; no que Saint-Martin, como lo adelantó el autor de *Tardes en San Petersburgo*, no creyera en la legitimidad del sacerdocio cristiano, sino que pensaba que por todas partes la institución del Cristo podía operarse por la fe sincera por los poderes y los méritos del Redentor.

¿Cómo un escritor que profesaba un cristianismo así indulgente había podido incurrir, por otro lado, en la animadversión por parte de los pretendidos apóstoles de la tolerancia y la filantropía? Es que su religión no era ni política ni fingida; es que la claridad que emanaban de su convicción, a pesar de las nubes de las cuales parece haberse envuelto, ofuscaron las luces del filosofismo. Saint-Martin escribió mucho; y sus libros siempre se desarrollan gradualmente, con más fuerza y claridad, el carácter religioso cuya impresión llevan. Se les comentó mucho, y traducidos en parte, pero principalmente en las lenguas del Norte de Europa.

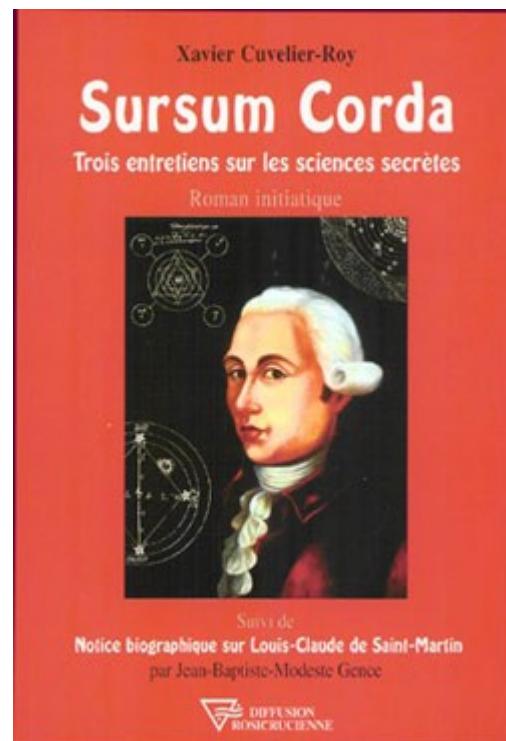
Se va a ver, por un vistazo general sobre la doctrina del autor, donde cada uno de sus escritos ofrecerá un punto de vista particular, que no es asombroso que espíritus extraviados por la pasión, o entregados a los errores de los sentidos, no hayan podido entenderlo ni saborearlo. Pero está permitido creer que a medida que las ideas morales y los sentimientos religiosos renacidos se simplifiquen purificándose por la influencia de una más amplia cultura del espíritu, se sentirá la necesidad de oponer un espiritualismo encendido y razonable a esta tendencia de las ciencias naturales hacia un materialismo que asigna a los órganos físicos facultades y funciones, y que hace, de agentes pasivos y ciegos, el principio de la actividad y la inteligencia.

Las obras de Saint-Martin tienen por objeto, no solamente explicar la naturaleza a través del hombre, sino también volver a traer todos nuestros conocimientos al Principio en donde el espíritu humano puede convertirse en el centro. La naturaleza actual, decaída y dividida consigo misma y con el hombre, conserva sin embargo en sus leyes, así como el hombre en varias de sus facultades, una disposición a reingresar en la unidad original. Por esta doble relación, la naturaleza se pone en armonía con el hombre, así como el hombre se

coordina con su Principio. De allí sigue que el *nosce te ipsum* debe abarcarse en la idea del *mí*, el concepto del *mí* racional y del *mí* espiritual. Este conocimiento no es pues la simple teoría de un tipo o *sujeto* de nuestras ideas, que Platón concluye del concepto de arquetipo, extraída ella misma de las ideas de unidad y del *objeto*. Descartes y Leibniz descienden también, por una idea común, del abstracto al sensible, pero después de haberse elevado del sujeto al objeto, el primero vía *concepción*, el segundo por vía de la *percepción*. Kant, no superando el límite de lo sensible, separa el objeto abstracto del sujeto, y lo deja en el rango de los conceptos generales cuya su razón intuitiva no puede dar cuenta. Según Saint-Martin, el hombre, tomado por sujeto, simplemente no concibe ni percibe el objeto abstracto de su pensamiento: él *recibe*, pero de una otra fuente que la de las impresiones sensibles (véase a continuación, Bibliografía, n° II). Además, el hombre que se recoge, y se hace abnegado, por su voluntad, de todas las cosas exteriores, opera y obtiene el conocimiento íntimo del Principio incluso del pensamiento o la palabra, es decir, de su Prototipo, o del Verbo, del cual es originariamente la imagen y el tipo. El Ser divino se revela así al espíritu del hombre; y, al mismo tiempo, se manifiestan los conocimientos que están en relación con nosotros mismos y con la naturaleza de las cosas. Es a esta naturaleza original, donde el hombre se encontraba en armonía con su Principio, que debe tender, por su obra y su deseo, reuniendo su voluntad a la del Reparador. Entonces, la imagen divina se reforma, el alma humana se regenera, las bellezas del orden se descubren, y se restablece la comunicación entre Dios y el hombre.

Se ve, según esta reseña de la doctrina de Saint-Martin, que el espiritualismo, cuya vía en primer lugar le había sido abierta por Pasqually, y a continuación se había nivelado por Jacob Boehme, no era ya la ciencia simplemente de los espíritus, sino la de Dios. Las místicas de la Edad Media y aquella de la escuela de Fénelon, al unirse por la contemplación a su Principio seguían la doctrina de su maestro Rusbrock, estando absorbidas en Dios por el afecto. He aquí una puerta más elevada: no es solamente la facultad afectiva, es la facultad intelectual, que conoce en ella su Principio divino, y por ella, el modelo de esta naturaleza que Malebranche veía no activamente en sí mismo, pero especulativamente en Dios, y donde Saint-Martin descubre el tipo en su ser interior por una operación activa y espiritual, que es la semilla del conocimiento. Es hacia este objetivo que las obras del autor, en el orden de su composición, parecen dirigirse, señalando progresivamente, por la ruta que siguió, que se puede seguir en la misma carrera. Considerado en primer lugar como autor, y en seguida como traductor, uno no es más que la prolongación o el complemento del otro, toda vez que es el mismo espíritu.

Esta reseña fue vuelta a publicar en 1902 por Papus, que la reprodujo en *Luis-Claude de Saint-Martin, su vida, su vía teúrgica, sus obras, su obra, sus discípulos*, (p. 213-226). Sin embargo, suprimió la introducción así como el análisis bibliográfico. No obstante, publicó este último en el año siguiente en el número de febrero de 1903 de la revista *L'initiation*. Más recientemente, la reseña de Gence se republicó íntegramente adjunto de una novela iniciática que pone en escena al Filósofo desconocido: *Sursum Corda, tres conversaciones sobre las ciencias secretas* de Xavier Roy (Difusión Rosacruciana, 2003).



Consecuencia de la reseña de Gence: Bibliografía de Saint-Martin

I. *De los Errores y de la verdad o los Hombres recordados al principio universal de la ciencia*, por un PH... Inc..., Edimburgo (Lyon), 1775, en 8°.

El autor, que seguía raramente su propia voluntad al escribir, sino más bien el consejo de sus amigos, indignado de leer, en Boulanger, que las religiones habían nacido del susto causado por las catástrofes de la naturaleza, hizo este libro para mostrar, como lo dijo, en la naturaleza misma del hombre, el conocimiento sensible de una causa activa e inteligente, verdadera fuente de las alegorías, de los misterios, de las instituciones y leyes. Mientras que la escuela de Holbach, por la voz de Voltaire, trataba este mismo libro, a veces enigmático, de insensato y de absurdo, y que sin embargo picaba dando la consecuencia, el filósofo de Berna, afectado de las verdades que le parecía contener bajo el velo, causaba una correspondencia con su autor, cuya obra observaba como el del escritor más profundo de este siglo. La pretendida *Consecuencia de los Errores y de la verdad...*, Salomonopolis (París), 5784, in-8°, fue indicado, por Saint-Martin, como fraudulenta, y lo tachó con el defecto de los falsos sistemas que combatía. En efecto, el Filósofo Desconocido había dicho que la voluntad constituía la facultad esencial y fundamental del hombre; y es en el desmentido que se atreve a interpretarlo, cuando se dice (página 7) que la voluntad no es más que una modificación del cerebro por la cual el hombre está dispuesto a poner en juego sus órganos. ¿No parece ya oír la doctrina material de Cabanis y la escuela de Gall?

II. *Cuadro natural de los relaciones que existen entre Dios, el hombre y el universo*, con el epígrafe (extraída de la obra anterior, según la usanza del autor): “Explicar las cosas por el hombre, y no el hombre por las cosas”, 2 partes, Edimburgo (Lyon), 1782, in-8°.

En esta obra, compuesta en París según el consejo de algunos amigos, el autor infiere, de la superioridad de las facultades del hombre y sus actos sobre los órganos sensoriales y sobre sus producciones, que la existencia del carácter, o general o particular, es el producto también de potencias creativas superiores a este resultado. Sin embargo, el hombre está en la dependencia de las cosas físicas, cuya idea sólo adquiere por la impresión que hacen sobre sus órganos. Pero tiene, al mismo tiempo, conceptos de otra clase, de las ideas de ley y potencia, de orden y unidad, de sabiduría y justicia. Es así dependiente de sus ideas intelectuales y morales, así como ideas extraídas de los sentidos. Ahora bien, aquéllas no vienen: parten pues de otra fuente; de facultades exteriores, que producen en él los pensamientos. Pero, ¿de ahí nació esta

dependencia? El desorden producido por una causa inferior, que se opuso a la causa superior, y que dejó de ser su ley. El hombre cayó: por lo tanto, lo que existía como principio inmaterial fue *sensibilizado* bajo formas materiales. El orden y el desorden se manifestaron. Sin embargo, todo tiende a reingresar en la unidad de dónde todo salió. Si, como consecuencia de esta caída, las virtudes o facultades morales e intelectuales fueron compartidas por el hombre, debe trabajar, revivificando su voluntad por el deseo, para recuperar lo que de él se separó. Pero su regeneración no puede operarse sino en virtud del acto del Reparador, cuyo sacrificio sustituyó a las expiaciones que tenían lugar antes de la ley del espíritu. Tal es el plan de esta obra capital, cuya marcha lógica es apretada, y más metódica o más continua que la primera. Varios lugares, distinguidos por comillas, parecen extraños o menos vinculados al discurso; lo que tiende a la parte enigmática de la doctrina de Martines, dónde se dice por ejemplo, en la lengua misteriosa de los números, que el hombre se perdió yendo de 4 a 9, es decir, del espíritu a la materia. Pero, no es por estas figuras puramente alegóricas que se debe juzgar el fondo de la doctrina. Al resto, las dos obras anteriores han sido publicadas en alemán, con comentarios por un anónimo, 2 volúmenes in-8°, 1784.

III. *El Hombre de deseo*, Lyon, 1790, in-8°; revisado y varias veces reimpresso; nueva edición: Metz, año X (1802), in-12°.

Son impulsos a la manera del salmista, en los cuales el alma humana se vuelve nuevamente hacia su primer estado, que la vía del Espíritu puede hacerle recuperar por la Bondad divina. El autor compuso *El Hombre de deseo* a la instigación del filósofo religioso Thieman, durante sus viajes en Estrasburgo y Londres. Lavater, el Ministro en Zurich, en su Diario alemán de diciembre de 1790, hizo un elogio distinguido de esta obra, como uno de los libros que le había gustado más, aunque reconoce ingenuamente, en cuanto al fondo de la doctrina, haberla comprendido poco. Pero Kirchberger, familiarizado aún más con los principios de este libro, lo observa, al contrario, como el más rico en pensamientos luminosos; y el autor mismo conviene en que en efecto encuentra gérmenes dispersos por aquí y por allá, cuyas propiedades ignoraba al sembrarlos, y que se desarrollaban cada día para él, desde que había conocido a Jacob Boehme.

IV. *Ecce homo*, imprenta del Círculo social, año IV (1792), in-12°.

Fue en París que escribió este opúsculo, según un concepto vivo (dice él), que había tenido en Estrasburgo. Su objetivo es el de mostrar a qué grado de descenso el hombre impedido decayó, y de curarlo de la inclinación a las maravillas de un carácter inferior, como el sonambulismo, las profecías del día, etc. Tenía más concretamente en vista la duquesa de Borbón, su amiga de corazón, modelo de virtud y piedad, pero entregada a esta misma impulsión para lo maravilloso.

V. *El Hombre Nuevo*, París, *ibid.*, año IV (1792), 1 volumen in-8°.

Es más una exhortación que una enseñanza. Lo escribió en Estrasburgo, en 1790, por el consejo del caballero Silverhielm, antiguo capellán del rey de Suecia, y sobrino de Swedenborg. La idea fundamental de esta obra es que el hombre lleva en él una especie de texto, cuya vida entera debería ser el desarrollo, porque el alma del hombre, dice, es una primitivamente un *pensamiento de Dios*: de allí resulta que el medio de renovarnos al volver a entrar en nuestra verdadera naturaleza, es pensar por nuestro propio Principio, y emplear nuestros pensamientos como tantos órganos para operar esta renovación. A pesar de la elevada fuente donde el autor se remonta, reconocería más tarde que no habría escrito este libro, o que lo habría escrito en forma diferente, si entonces hubiera tenido el conocimiento de las obras de Jacob Boehme.

VI. *El espíritu de las cosas o el Golpe- de ojo filosófico sobre la naturaleza de los seres y sobre el objeto de su existencia*, con el epígrafe: *Mens hominis rerum universalitatis especulum est*, París, año VIII (1800), 2 vol. in-8°.

Nuestro filósofo pensaba que hay una razón a todo lo que existía, y que el ojo interno del observador era el juez. Considera así al hombre como que tiene en él un espejo vivo, que refleja todos los objetos, y que le lleva a verlo todo y a conocerlo todo: pero este espejo vivo siendo él mismo un reflejo del Divinidad, es por esta luz que el hombre adquiere ideas sanas, y descubre la *eterna naturaleza* (vea n° X), de la que habla Jacob Boehme. Esta obra está sin duda de *revelaciones naturales*, el que autor anuncia el proyecto, en 1797, a Kirchberger, y el tema del cual éste aconsejaba a Saint-Martin suprimir todo lo que podía hacer sentir el misterio. Pero, ¿lo que Jacob Boehme había podido, según sus nociones *a priori*, resumir en grande, Saint-Martin, con toda la medida de sus conocimientos propios o adquiridos, podría desarrollarlo con todo detalle de una manera siempre clara e inteligible? Si la *antropología*, la cual sabemos que se ocupa uno de sus discípulos, ha apoyado todo lo que los conocimientos modernos pudieron descubrir, abarcaba los principios aplicables a las distintas ramas de la ciencia del hombre físico, moral e intelectual, es entonces que se tendría en efecto un verdadero *espíritu de las cosas*.

VII. *Carta a un amigo o Consideraciones políticas, filosóficas y religiosas, sobre la Revolución francesa*, París, año III (1795).

Fue después de siete años que Saint-Martin, sobre las instancias de uno de sus amigos, publicó su gran pensamiento sobre la escena que pasaba en el mundo. Observaba la Revolución francesa como la del género humano, y como una imagen en miniatura del Juicio Final, pero dónde las cosas debían pasar sucesivamente, para comenzar por Francia.

Kirchberger encontraba que el autor de este libro, al considerar este grave acontecimiento en su origen y en su resultado, aunque juzgando quizá con demasiada severidad de infelices instrumentos que fueron víctimas, había sabido solucionar con sabiduría y moderación las grandes dificultades de teoría del edificio social, cuyas construcciones, dicho, están todavía a reiniciar, si no están basadas en una base elevada y fija, y se coordinan a un objetivo grande y moral.

– ***Relámpago sobre la asociación humana***, París, año V (1797), in-8°. Este *Relámpago* es como una visión del espíritu, que descubre, en el principio del orden social, el hogar de donde emanan la sabiduría, la justicia y la potencia, sin las cuales no existe la asociación duradera, bien que él lo establezca con Helvétius sobre las necesidades y la previsión naturales del hombre, o que lo apoya con Rousseau en una voluntad pretendida general, pero siempre particular, en el hombre más o menos vicioso.

– ***Reflexiones de un observador sobre la cuestión propuesta por el Instituto: ¿Cuáles son las instituciones más susceptibles de fundar la moral de un pueblo?***, año VI (1798). Después de haber examinado los distintos medios que pueden más o menos tender a este objetivo vinculando la moral con la política, el observador muestra la insuficiencia de estos medios, si el legislador asienta él mismo, sobre las bases íntimas de nuestra naturaleza, esta moral cuyo Gobierno sólo debe ser el resultado puesto en acción. El autor habría tratado, quince años antes, un tema similar, propuesto por la academia de Berlín, sobre *la mejor manera de recordar la razón a los pueblos entregados al error o a las supersticiones*, cuestión que demostró insoluble por los únicos medios humanos (memoria insertada en sus obras póstumas).

VIII. Discurso en respuesta al ciudadano Garat, profesor de entendimiento humano en las Escuelas normales, sobre la existencia de un sentido moral, y sobre la distinción entre las sensaciones y el conocimiento.

Este discurso, pronunciado tras una conferencia pública del 9 ventoso⁴ año III (27 de febrero de 1795), se encuentra impreso en la colección de las Escuelas normales (tomo III de los *Debates*), publicada en 1801. El debate que tuvo lugar entre el profesor y el alumno, dice al Sr. Tourlet en su *Prospecto histórico sobre Saint-Martin*, “puso en evidencia toda la potencia de su adversario; y resultó en que la cuestión más abstracta se trató con profundidad”, y añadimos, enteramente a la ventaja del sentido moral.

– ***Prueba relativa a la cuestión propuesta por el Instituto: Determinar la influencia de las signos sobre la formación de las ideas***, con el epígrafe: *Nascentur ideæ, fiunt signa*, año VII (1799), in-8°. Un pasaje donde el profesor apoyaba la anterioridad de los signos sobre las ideas, parece haber dado nacimiento a la cuestión del Instituto, que supone esta anterioridad, y a la cual el autor responde no más victoriamente, tratando la cuestión según formas mitad teosóficas, mitad académicos. En la alegoría graciosa de la que hablamos, este *Ensayo* que se

⁴ N. del T.: Sexto mes del calendario republicano francés. Del 19 de febrero al 20 de marzo.

encuentra intercalado, aunque de un tono bien diferente, es la supuesta la obra de un pequeño primo de Mme. Jof (la Fe), trazado por un psicógrafo en el gabinete de Sédir (el Deseo). Son los dos personajes alegóricos principales del libro que tiene por título: *El Cocodrilo o la Guerra del bien y el mal, llegada bajo el reino de Luis XV*, poema mágico épico en 102 cantos, en prosa mezclada con verso, obra póstuma de un aficionado a las cosas ocultas, París, año VII (1799), in-8° de 460 páginas.

IX. ***El Ministerio de Hombre-Espíritu***, París, Migneret, año XI (1802), in-8°, 3 partes: “Del hombre”; “De la naturaleza”; “De la Palabra”.

El objetivo de este libro es mostrar cómo el Hombre-Espíritu (o ejerciendo un ministerio espiritual) puede mejorarse, y regenerarse él mismo y los otros, volviendo la Palabra o el Logos (el Verbo) al hombre y a la naturaleza. Es en esta Palabra que Saint-Martin, plena de la doctrina y los sentimientos de Jacob Boehme, dibuja la vida donde él anima aquí sus razonamientos y su estilo. Sin embargo, esta obra, aunque más clara en general que las precedentes, es aún, en varios partes, demasiado distante de las ideas humanas, para ser plenamente concebida y sentida. La gran mejora que el teósofo propone, consiste en el desarrollo radical de nuestra esencia íntima. Todos sus escritos se basan más o menos en esta base: pero, en resumen, el *Cuadro natural*, estableciendo, para la obra de la regeneración, la necesidad de un Reparador, hizo ver la grandeza del sacrificio en el cual la propia víctima se inmolaba, en vez de los holocaustos sangrientos que tenían lugar antes. *El Hombre de deseo* puso de manifiesto que la sangre de esta víctima era espíritu y vida, la misericordia se encontraba así reunida con la justicia. *El Ministerio de Hombre-Espíritu* aprende por fin a operar en sí mismo la acción del reparador, inmolándose, a su ejemplo, para separarse del reino material, órgano del mal; el renacimiento del hombre por esta vía donde Jacob Boehme si entró profundamente según Saint-Martin, siendo bien preferible a las vías que abren las visiones contemplativas de los místicos, o las manifestaciones sensibles producidas o por la exaltación del alma en Swedenborg, o por la somnolencia de los sentidos corporales en el magnetismo sonambúlico.

X. Traducciones de obras de Jacob Boehme, a saber:

– ***La Aurora naciente o la Raíz de filosofía...***, conteniendo una descripción de la naturaleza en su origen...; trad. sobre la edición alemana de Gichtel, 1682, por el *Filósofo Desconocido*, con un prospecto sobre Jacob Boehme, París, año IX (1800), in-8°.

Esta naturaleza original, que Boehme llama la *eterna naturaleza*, y donde la nuestra sería una alteración, no es sino una naturaleza sin *engendramiento*, puesto que es la emanación de un principio único e indivisible, que Boehme, para hacerse oír, da como trinario en su esencia, y septenario en sus formas o métodos. Es pues sin ningún motivo que se confundió, así como su causa, con la Sustancia-Principio de Spinoza.

Un resumen del origen y las consecuencias de la alteración de esta naturaleza, según Jacob Boehme, otorgado en *El Ministerio de Hombre-Espíritu* (p. 28-31), muestran cómo, queriendo dominar por el *fuego*, en el primer Principio, en vez de reinar por el *amor* en el segundo, el espíritu prevaricador implicó en su caída al hombre, se le había sido opuesto; cómo, el hombre fue absorbido en su forma grosera, el amor divino quiso presentarle su modelo, para hacerle recuperar su semejanza, por su unión con su tipo. Estos puntos, en general, seguramente no tienen nada de bíblicos: pero, en la declaración de las formas de los tres Principios, las expresiones de las distintas propiedades del Ser, que tienden a *comprimir*, *atraer*, *mover* (formas esenciales del primer Principio); las mismas que son la manifestación, y que consisten en *recalentar*, *encender*, *producir* y *operar* (formas que pertenecen al segundo y al tercer principio), pueden parecer, en parte, extraídas de las cualidades del orden sensible: sin embargo, a pesar de los términos de la física o química, demasiado a menudo mezclados a la expresión de los conceptos más elevados, es todavía en un sentido inmaterial y espiritual que Boehme quiere que se le entienda; y es también en sus propias reseñas, sin pedir prestado nada a Paracelso, que dibujó estos conceptos, que es la base de su filosofía.

Saint-Martin reconoce al resto, con Poiret, que el autor es a la vez sublime e indeterminado, y que en particular su *aurora* es un caos, pero que contiene todos los gérmenes desarrollados en sus *Tres Principios*, y en las producciones subsiguientes, sobre las cuales haremos pocas observaciones.

– ***Los Tres Principios de la Esencia divina***, París, año X (1802), 2 vol. in-8°.

Esta obra, compuesta siete años más después que la *aurora naciente*, informa menos; y se puede observar un cuadro completo de la doctrina del autor, excepto las explicaciones y las nuevas explicaciones que presentan las obras siguientes, aunque sólo forman aún una porción de sus obras: pero es suficiente para dar la idea; y la obra entera no satisfaría los de los lectores que no habrían podido comprender las mismas cosas repetidas y explicadas a menudo hasta la saciedad por el autor mismo.

– ***De la triple vida del hombre***, edición revisada por Sr. Gilbert, París, Migneret, 1809, in-8°.

Es sobre la manifestación del origen, de la esencia y del final de las cosas según los tres Principios, que se establece en esta *triple vida*, incluyendo la vida exterior y corporal, la vida propia e interna, y la vida divina, donde el alma entra por un nuevo nacimiento, y penetra en el espíritu del Cristo.

– ***Cuarenta cuestiones sobre el alma...***, seguidas de ***Seis puntos*** y de ***Nueve textos***, edición revisada por el mismo, París, 1807, in-8°.

Estas cuestiones, que circulan sobre la naturaleza y las propiedades del alma, habían sido propuestas al autor por un aficionado de teosofía, su maestro en química, el doctor Balthazar Walter. Las respuestas son anunciadas no según la razón exterior, sino según el espíritu del

conocimiento, según los principios cuyo autor dio las bases, y en donde ellas son una recapitulación.

Estas distintas traducciones forman alrededor de un tercio de las obras de Boehme, cuyas obras sólo había dos traducidas hasta entonces en lengua viva: la primera, el *Signatura rerum*, impresa en Frankfurt, en 1664, bajo el nombre el *Espejo temporal de la Eternidad*; y la segunda, en Berlín, 1722, in-12°, titulada *El Camino para ir a Cristo*.

XI. ***Obras póstumas de Saint-Martin***, Tours, 1807, 2 vol. in-8°. Se distingue en esta recopilación:

- una elección de sabios pensamientos de Saint-Martin, por el Sr. Tournier;
- un Diario, desde 1782, de sus relaciones, de sus conversaciones..., bajo el título de ***“Retrato de Saint-Martin hecho por sí mismo”***;
- varias cuestiones y fragmentos de literatura, moral y filosófica, entre otras cosas, distintos pedazos sobre ***“La poesía profética”***, sobre ***“La admiración”***, sobre ***“Las vías de la sabiduría”***, y ***“Las leyes de la Justicia divina”***;
- poesías donde, como se le piensa bien, el autor se dedica más al fondo que a la forma: sin embargo, se encuentra, en ***“El cementerio de Amboise”***, y sobre todo en las ***“Estrofas sobre el origen y el destino del hombre”***, los pensamientos profundos, expresados con sentimiento y con energía;
- por fin, de las meditaciones y los rezos, donde se pinta verdaderamente el hombre de deseo, que hace votos para que su similares busquen los verdaderos conocimientos, los disfrutes puros del espíritu, dibujándolos en su propio centro, y elevándose de allí hacia la fuente de la luz y la vida, después de la cual no había cesado de suspirar.

Jean-Baptiste-Modeste Gence

Traducción del francés por Prometeo